

Marco Antonio LANDAVAZO: *La máscara de Fernando VII. Discursos e imaginario monárquicos en una época de crisis. Nueva España, 1808-1822*. México: El Colegio de México-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2001, 357 pp. ISBN 968-12-1008-5

En la década de los noventa del siglo XX varios historiadores, entre ellos François-Xavier Guerra, Brian R. Hamnett y Virginia Guedea, destacaron las grandes transformaciones culturales que ocurrieron en el mundo hispanoamericano a raíz de la invasión napoleónica. Sus trabajos, en los que explicaban de qué manera este acontecimiento y la nueva cultura política fueron carcomiendo las bases ideológicas del antiguo régimen, sirvieron de base para reinterpretar la historia política de México, sobre todo, el periodo 1808-1824. Las siguientes investigaciones, aunque partieron del análisis de la época borbónica, destacaron que 1808 fue un año bisagra, es decir, un parteaguas que separa al México antiguo del moderno.

En esta nueva corriente historiográfica se inscribe el libro de Marco Antonio Landavazo, *La máscara de Fernando VII. Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis. Nueva España, 1808-1822*, en el que aborda un asunto muy controvertido que ha mantenido a los historiadores en desacuerdo: el uso, el significado y la interpretación real que los líderes insurgentes le dieron a la frase ¡Viva Fernando VII!, cuando menos hasta 1813. La historiografía tradicional, de corte liberal, siempre insistió en que los fines que perseguían los rebeldes fueron meramente propagandísticos, y que fue una especie de disfraz o "máscara" que usaron para obtener el respaldo popular. A pesar de que ya disponemos de algunos buenos trabajos reinterpretaivos sobre la guerra de independencia, los cuales explican que tanto los realistas como los insurgentes afirmaban luchar a favor de Fernando VII, el tema en cuestión sigue siendo confuso. Landavazo comienza su análisis justamente planteando una serie de preguntas que obligan no sólo a la reflexión, sino a seguir buscando nuevas explicaciones acerca del fernandismo insurgente. De entrada, en la introducción rechaza la hipótesis tradicional que sostiene que el nombre de Fernando VII fue empleado para encubrir los ideales independentistas.

Alfredo Ávila hizo una observación interesante en una reseña anterior a ésta, que consiste en señalar que no todos los insurgen-

tes usaron la “máscara” para atraer adeptos.¹ En efecto, el nombre del rey fue invocado principalmente por los grupos urbanos que asistieron a las reuniones clandestinas que tuvieron lugar en algunas villas y ciudades de la parte central del virreinato entre 1809-1810, las cuales estuvieron integradas y dirigidas primordialmente por criollos que trataban de aprovechar las circunstancias para llegar al poder. En la intendencia de Guadalajara fueron los cabecillas ligados al movimiento de Hidalgo quienes afirmaron que su lucha era en favor del rey (José Antonio Torres y José María Mercado), pero no aquellas cuadrillas de campesinos encabezadas por mestizos, indios o mulatos, como la que dirigió Gordiano Guzmán en el sur de esta intendencia. En efecto, los numerosos movimientos locales de origen rural o semirural que aparecieron en distintas partes del virreinato no invocaron al monarca ni estuvieron orientados a defender la religión. Se trata de campesinos agraviados que también aprovecharon el rompimiento del orden colonial para vengarse o para eludir un ajuste de cuentas con la justicia.

Para explicar el tema que nos preocupa, Landavazo, al igual que otros autores contemporáneos que han abordado el mismo periodo de estudio (1808-1821), destaca el lugar que ocupaba la figura del rey en el imaginario colectivo y en la tradición hispana. En el Archivo General de la Nación consultó muchísimos expedientes que corroboran las muestras de amor y fidelidad de parte de la población hacia el monarca cuando fue apresado por los franceses, actitudes que llamaron mucho la atención de nuestro autor. Estas expresiones de lealtad resultan muy llamativas, pero habría que preguntarnos hasta qué grado fueron resultado de las movilizaciones y de las presiones que ejercieron las autoridades sobre las corporaciones, por un lado, y, por el otro, si esos testimonios más que amor, demuestran temor hacia una invasión militar que ponía en riesgo la integridad de la religión, los valores tradicionales y la unidad política. Las pruebas de lealtad hacia un monarca que apenas conocían ¿nos hablan realmente de la existencia de vínculos muy estrechos entre el rey y los súbditos? También podríamos preguntarnos: ¿de veras fue espontánea la participación masiva de la población en las celebraciones festivas de la jura de Fernando VII y en otros actos públicos que se convocaron para respaldarlo? Yo creo que si bien la invasión napo-

¹ Se trata de la reseña que se publicó en *Estudios de Historia Novohispana*, 26 (ene-jun. 2002), pp. 196-207.

leónica dio lugar a que se registraran las grandes mutaciones culturales que ha mencionado François Xavier Guerra, este acontecimiento también propició que, por primera vez, las élites empezaran a movilizar a los demás grupos sociales para apoyar una causa común. El miedo y la angustia que provocó la presencia de Napoleón en España invadió a las oligarquías y éstas se encargaron de contagiar ese temor a los demás estratos de la población para poder movilizarlos. Las numerosas y emotivas demostraciones de fidelidad, asociadas con el medio colectivo, las describe el autor en el tercer capítulo. Me inclino a pensar que más que un amor sincero y profundo hacia el monarca cautivo, las manifestaciones públicas y otros actos de lealtad que tuvieron lugar en diferentes ciudades novohispanas estaban orientadas a invocar la unidad entre todos los sectores de la población para afrontar el peligro externo. Como se trataba de una experiencia inédita y riesgosa, la invasión napoleónica acabó por prestigiar y fortalecer la imagen del rey, a tal grado que el epíteto de "el deseado" arraigó en el imaginario de una sociedad atemorizada por una experiencia jamás vivida. Sobre todo fue la burocracia civil y religiosa la que recurrió a esta estrategia para impedir el desmoronamiento de la monarquía. En los meses siguientes, las autoridades trataron de controlar el imaginario colectivo, mediante el afianzamiento de los símbolos reales. Pero, además, habrá que considerar que la invasión napoleónica fue interpretada de manera distinta, lo que ocasionó mucha confusión, pues mientras unos decían una cosa, otros difundían una versión diferente. Y como no hay nada que cause más conmoción que el rumor, seguramente a medida que se comentaba el suceso y se transmitía de boca en boca, la noticia de la invasión sufría una gran tergiversación. El libro de Landavazo nos sumerge a otros temas relacionados con la crisis que generó la invasión napoleónica, como el de la fracmra que se dio entre las élites a raíz del golpe de Estado perpetrado por Gabriel Yermo, la interpretación y el significado que se le dio a la invasión, la difusión de una nueva cultura política que se empleó para explicar los acontecimientos y la invocación a la unidad política en tiempo de crisis. Cuando el autor aborda el tema del lenguaje de la lealtad en el segundo capítulo sólo hace énfasis en los conceptos y valores antiguos, pero también hay que tomar en cuenta el uso de las nuevas palabras que se fueron intercalando en el discurso político, lo que anunciaba el inicio de un periodo de transición del antiguo régimen al moderno.

La lectura del libro nos conduce, directa o indirectamente, a otro punto medular sobre el que también no existe un acuerdo común: las intenciones reales de los insurgentes. Todavía nos seguimos preguntando ¿a qué se referían exactamente cuando hablaban de independencia? ¿Con la máscara de Fernando VII trataban de encubrir la independencia absoluta del reino o un movimiento autonomista encaminado a que los criollos ejercieran el poder?

En fin, Landavazo vuelve a poner en la mesa de la discusión temas muy discutidos en la historiografía mexicana, sobre todo ahora en que estamos revisando la guerra insurgente en ocasión de la proximidad del bicentenario, razón por la cual su libro se convierte en una fuente de consulta obligada para los estudiosos tanto de la guerra de independencia como para quienes analizan el nacimiento del Estado moderno.

Jaime OLVEDA
El Colegio de Jalisco

Guillermo PALACIOS: *Intimidaciones, conflictos y reconciliaciones. México y Brasil, 1882-1993*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, 377 pp. ISBN 968-81-0647-X

Al igual que en el caso de la historiografía de muchos países latinoamericanos, en México la mayoría de las obras de carácter histórico se ha centrado en la "historia interior" del país. En efecto, la reflexión de los historiadores sobre el pasado ha sido marcadamente introspectiva, preocupada sobre todo por entender las raíces interiores del surgir de la nación y de sus regiones. De allí que sean tan importantes obras como la que ahora reseñamos —el libro de Guillermo Palacios que reconstruye la ya larga historia de las relaciones México-Brasil— en tanto rompen estereotipos y obligan a mirar hacia fuera, con el loable propósito de construir una perspectiva más internacionalista de la historia mexicana.

En los últimos años, el Acervo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores ha venido publicando una serie de volúmenes que impulsan la reconstrucción de esa historia globalizada de México. El volumen preparado por Guillermo Palacios se inscribe dentro de una excelente "Colección Latinoamericana" que